

que producian aquellas enfadosas contiendas, no se apresuraba á emprender una nueva campaña en Nápoles, mas sin dejar de pensar en ella, ganaba en política segun que crecia en años, y preparaba con calma sus planes para lo sucesivo. Con este propósito, venido como estaba ya con el duque de Milan, aprovechó la ocasion de hallarse aquí el cardenal de Foix, legado de la Santa Sede, para reconciliarse con el papa Martin V, quitando de este modo al de Anjou sus dos mas temibles aliados, estrechó relaciones de amistad con el rey de Inglaterra, dueño entonces de la mitad de la Francia, y procuró confederarse tambien con Felipe, duque de Borgoña, así por el gran valor de este príncipe como por el deudo que habia contraído con el rey de Portugal casándose con su hija la infanta doña Isabel (1).

Hecho esto, y pactada una tregua de cinco años con Castilla, vino ya bien y llególe muy á sazón la excitacion que le dirigió el príncipe de Tarento (1430), por sí y á nombre de otros barones napolitanos, para que fuese á proseguir su empresa en aquel reino. No era esto tan extraño como que el gran senescal le hiciera la propia instancia y requerimiento, ofreciéndose á su servicio, y añadiendo que si él quisiese ó lo mandase, tan pronto como supiera que partia con su escuadra alzaría banderas por Aragon. Recordábasele, para mas obligarle, que un día hallándose juntos en la torre maestra de Aversa le habia dicho el rey de Aragon que cinco años antes de su primera ida á Nápoles le habia pronosticado un astrólogo «que habia de ir allá y que reinaria poco, pero que despues volveria y reinaria en tanta prosperidad, que no solamente los grandes que fuesen con él, pero aun sus monteros, y los que tenian cargo de sus sabuesos alcanzarían Estados.» La reina misma de Nápoles le instaba á que fuese, y en el propio sentido le escribía igualmente el jefe de la Iglesia; de modo que tan extraño unanimidad de parte de los que habian sido sus mayores adversarios parecia mas bien un lazo que se le tendia que un ofrecimiento hecho de buena fe. Cuando tan nuevo aspecto presentaban las cosas aconteció la muerte del papa Martin V (febrero, 1431) y la elevacion de Eugenio VI, de nacion veneciano, á la silla pontificia, con lo cual sufrieron gran mudanza los negocios de Nápoles y de toda Italia. El rey don Alfonso para proceder con mas seguridad procuró que se cumpliera lo pactado con el duque de Milan sobre la entrega de las ciudades y castillos de Calvi y Bonifacio, y demás capitulos del concierto, en cuyo supuesto se prestaba á firmar paz y concordia perpetua con el de Milan y con el comun de Génova. Asimismo, por interés y tranquilidad suya y de sus hermanos el rey de Navarra y los infantes que andaban por Castilla, procuró hacer confederacion con el rey de Portugal, y por concierto que se pactó en Torresnovas quedó asentado que unos y otros se obligaban y comprometían á no dar favor ni ayuda á sus respectivos enemigos.

Tomadas todas estas precauciones y dispuesta ya su armada, decidido el rey á llevar adelante con toda resolucion su empresa de Nápoles, pero vacilante y perplejo respecto á la conducta que le convendría adoptar con los barones y los diferentes partidos de aquel reino, en lugar de ir derechamente á Italia, determinó seguir la política de su abuelo Pedro III en su conquista de Sicilia, publicando que iba á hacer la guerra en África al rey de Túnez; y dándose en efecto á la vela en la playa de Barcelona (23 de mayo, 1432), navegó con su armada la vía de Cerdeña con el fin de cruzar desde aquella isla á las costas del reino tunecino. El día de la Asuncion arribó la flota aragonesa á la isla de los Gerbes, y desde luego ganó el puente que atraviesa de la tierra firme á la isla. El rey de Túnez, que se hallaba á dos jornadas de aquel punto, escribió á don Alfonso diciéndole que sabia su llegada y le rogaba le esperase, pues queria que se viesen cara á cara, y que el huir seria en-

(1) Por este tiempo (1429) instituyó este Felipe de Borgoña la insignia orden de caballería del Toison de oro, y nombró veinticuatro caballeros de ella.—Ocurrió tambien este año la abdicacion de Gil Sanchez Muñoz, nombrado papa por los dos cardenales de Pedro de Luna en Peñíscola con el nombre de Clemente VIII, con lo cual se restableció definitivamente la paz y la unidad de la Iglesia, no quedando ya un solo rincón del mundo cristiano que no obedeciera al único y verdadero pontífice, que lo era Martin V.

tre ellos cosa vergonzosa. Contestóle el monarca cristiano que le aguardaba gustoso, y que si no acudiese la vergüenza seria del que no cumpliera su deber. No tardó en presentarse el sarraceno con gran hueste de á caballo y de á pié, y asentando su real junto al puente comenzaron las peleas entre aragoneses y moros. Formalizada la batalla, arremetieron aquellos con tal bravura, que una tras otra fueron ganando y deshaciendo las cinco barreras que habian levantado los moros hasta la tienda del emir. Apenas pudo este salvarse á todo correr de su caballo: por espacio de tres millas tierra adentro siguieron los cristianos alanceando la morisma fugitiva; muchos perecieron, y quedaron prisioneros no pocos: cogiéronse veintidos piezas de artillería y la tienda del rey. Redujéronse los moros de la isla á la obediencia de Alfonso de Aragon, y el de Túnez dejó de tiranizar á sus antiguos vasallos de los Gerbes.

Aumentó la noticia de esta empresa la fama y reputacion de que ya gozaba el monarca aragonés en Italia, y cuando de África pasó á Sicilia para desde allí deliberar lo que le convendría hacer, halló ya en Siracusa embajadores del papa Eugenio que le esperaban para tratar con él sobre las diferencias que el pontífice traía con el emperador Sigismundo, rey de romanos. Pero lo que hizo mudar de repente la faz de las cosas, fué la muerte del gran senescal de Nápoles, el privado de la reina Juana, y el que hasta allí habia gobernado á su voluntad el reino. Una pretension de este célebre favorito habia ofendido á la duquesa de Sessa, muy amiga de la reina de Nápoles; y como no era la constancia la virtud de aquella reina, fácilmente se dejó persuadir de que debia sacudir el pesado yugo del senescal, y dió orden para prenderle. Temiendo la duquesa y los que con ella entraban en la conjuracion, que si quedaba con vida el senescal podría recobrar otra vez el favor de la voluble reina, tuvieron por mas seguro asesinarle, y entrando una noche los conjurados en la cámara del castillo de Capuana en que aquel dormía, acabaron con él á hachazos y á estocadas. Tal fué tan miserable y desastroso el fin de aquel poderoso valido: la reina sintió que hubieran llevado la venganza á tal extremo, pero los matadores se disculparon con que habia intentado defenderse, y no habian podido tomarle vivo. Desde entonces comenzaron otra vez las embajadas y las negociaciones entre la reina de Nápoles y el rey de Aragon, y ofrecíanse al aragonés los príncipes de Tarento y de Salerno y otros barones italianos. Para estar mas á la vista de los acontecimientos y poder obrar con mas prontitud segun lo requiriesen las circunstancias, determinó don Alfonso pasar á la isla de Ischia. Estando allí, revocó la reina Juana de Nápoles la adopcion de Luis de Anjou, y ratificó ó reprodujo la que antes habia hecho del rey de Aragon, pero á condicion de que no habia de ir al reino sin orden y mandamiento suyo mientras ella viviese (abril, 1433). Esta nueva acta de revocacion y confirmacion quiso la reina que fuese secreta, para que no se enterasen de ella el de Anjou y sus partidarios, por cuyo medio se proponia tener así engañados y entretenidos á los dos príncipes para poderse valer del uno contra el otro.

Despues de muchos tratos entre el rey de Aragon, el pontífice Eugenio, el emperador Sigismundo y otros príncipes de Italia, tratos en que á vueltas de grandes ofrecimientos, sin intencion ni posibilidad de cumplirlos, se traslucía el designio de instigar al aragonés á empresas que le alejaran de aquellos países, ó de valerse de su influjo y poder para sus particulares intereses, vió Alfonso V formarse contra él una gran liga entre el papa, el emperador, el duque de Milan y las señorías de Venecia y Florencia, los cuales todos, hechas paces entre sí y concordadas sus diferencias, se proponían alejar de Italia al que miraban como extranjero y consideraban como el mas temible, á Alfonso V de Aragon. Este príncipe, prefiriendo dejar pasar la tormenta á luchar contra ella de frente, estipuló con la reina Juana una especie de tregua por diez años, concertando la manera como habian de guardar los castillos y plazas que tenian los españoles en el reino de Nápoles, y se embarcó otra vez, segun tenia ya pensado, para Sicilia, desde donde se proponia atender simultáneamente á las cosas de Cerdeña, de Córcega, de Aragon y de Castilla, sin perder de vista los negocios y sucesos de Italia.

Suponia y esperaba Alfonso V que aquella aparente concordia entre los príncipes italianos no habria de ser de larga duracion, mediando entre ellos tan encontrados intereses, y causas de escision tan antiguas y graves; y no se engañó el aragonés en sus cálculos. Rompióse primeramente aquella ficticia armonía en la capital del mundo católico con sucesos y escenas que escandalizaron á toda la cristiandad. Resentidos del comportamiento del papa Eugenio con la familia y parientes de su antecesor el duque de Milan, el príncipe de Salerno Antonio Colonna, el conde Francisco Sforza y otros barones y capitanes italianos, declarándose públicamente sus enemigos, entraron en Roma, prendieron al cardenal de San Clemente, sobrino del papa, é incomunicaron al pontífice en su propio palacio, del cual pudo despues fugarse disfrazado con hábito de fraile de San Francisco, y ganando el puerto de Ostia, logró arribar á Pisa y de allí á Florencia. Los que especialmente concurren á poner en salvo al pontífice, fueron dos españoles; que siempre en casos tales los de nuestra nacion se han distinguido por su lealtad al universal pastor de los fieles: fueron aquellos Juan de Mella, arcediano de Madrid, y un capellan del rey de Castilla, abad de Alfaro. Noticioso de este caso el rey don Alfonso V de Aragon que se hallaba en Palermo, olvidando todo motivo de descontento y de queja que del pontífice tuviese, despachó inmediatamente embajadores á Su Santidad (julio, 1434) ofreciéndole su persona, las de sus hermanos, y todos sus vasallos y reinos, y que si á cualquiera de estos le pluguiese venir tendria quince ó mas naves á su disposicion en que verificarlo, y le acompañarian sus hermanos, ó él mismo si lo prefiriese: hidalgo y generoso ofrecimiento que el pontífice no aceptó, pero que agradeció en todo lo que valia.

Entre tanto, habiendo enfermado la reina Juana, y con noticia que tuvo el aragonés de que en aquellos momentos, inconstante y voluble siempre, y sin respeto á los últimos pactos y compromisos que con él tenia, trataba de nombrar gobernador y vicario general del reino al duque Luis de Anjou, le envió el rey de Aragon una embajada recordándole las obligaciones que con él habia contraído, los servicios que le debia, y que sin grande ofensa de Dios no podia faltar á sus promesas. Pero estaba en aquella sazón la reina demasiado inducida por el partido angevino para que atendiera á tan justas reclamaciones. Por lo tanto el rey apresuró sus preparativos de guerra por tierra y por mar, publicando que todo aquel aparato le hacia para pasar á España con sus hermanos el rey don Juan de Navarra y el infante don Enrique á fin de restablecerlos en la posesion de sus Estados de Castilla, pero en realidad se preparaba á combatir al de Anjou, para lo cual se confederó con el príncipe de Tarento con quien aquel estaba en guerra. Al poco tiempo ocurrieron novedades que influyeron poderosamente y dieron nueva faz á la situacion de aquel reino. Despues de haber el de Anjou tomado por combate al de Tarento la mayor parte de las villas y plazas de su principado, al regresar á su ducado de Calabria, en la entrada del invierno le acometió tal enfermedad que acabó en breves dias con su existencia (noviembre, 1434). La reina Juana de Nápoles hizo las mayores demostraciones de dolor y de pena por el fallecimiento de su hijo adoptivo, hasta arrastrarse por el suelo, con otros arrebatos por lo menos de aparente desesperacion, como arrepentida de no haber mostrado mas amor á un príncipe de la bondad y de las prendas del de Anjou, y que tanto habia sabido hacerse querer en el ducado de Calabria que gobernó.

Mas no tardó en seguirla ella misma al sepulcro. Falleció tambien la reina Juana II de Nápoles (2 de febrero, 1435), habiendo nombrado heredero universal de sus reinos á Renato, duque de Anjou y de Provenza, hermano del difunto Luis, en razon á haber muerto este sin hijos. Parecia que la fortuna se declaraba por el rey de Aragon, abriéndole el camino para que otra vez se apoderara de aquel reino: á las dos muertes tan inmediatas del duque de Anjou y de la reina de Nápoles se agregaba la circunstancia de hallarse á la sazón Renato prisionero del duque de Borgoña. Así, tan luego como llegaron á él estas nuevas estando en Mesina, envió algunas compañías para que se reuniesen al príncipe de Tarento, á quien

daba el título de gran condestable; procuró asentar nueva concordia con el rey de Castilla, é intentó confederarse con el pontífice Eugenio y con el duque de Milan. Pero el papa, lejos de darle la investidura que le pedia, reclamaba la corona de Nápoles como un feudo de la Santa Sede, y el duque de Milan no solo no se dejó vencer de las razones de don Alfonso para atraerlo á su partido, sino que se aprestó á hacerle la mayor resistencia favoreciendo á los angevinos en union con los genoveses y con el conde Francisco Sforza. Resuelto no obstante el aragonés á llevar adelante su empresa, apoyando sus derechos al trono de Nápoles en la adopcion de la reina Juana, y además en los que Constanza, hija de Manfredo, habia ya de antiguo transmitido á la casa de Aragon, determinó combatir por tierra y por mar la importante plaza de Gaeta, en union con el príncipe de Tarento, y con sus hermanos el rey don Juan de Navarra y el infante don Enrique, que á consecuencia de los sucesos de Castilla que dejamos en otra parte relatados, se hallaban entonces con él. Entre todos reunia sobre quince mil combatientes, gente lucida y bien armada.

Llegó á poner el rey de Aragon en tanto estrecho á los de Gaeta, que reducidos á la mayor extremidad hicieron salir de la plaza millares de mujeres, ancianos y niños, los cuales buscaban un amparo á su abandono y su miseria en el campo de los aragoneses. Aconsejaban al rey que se desembarazase de aquella gente inútil volviendo á enviarla á la ciudad, pero Alfonso con noble generosidad, *prefero*, contestó, *no tomar la plaza á faltar á las leyes de la humanidad con esta pobre gente*: y mandó dar mantenimientos á aquellos miserables expulsados: rasgo de clemencia y de bondad, que si al pronto pareció perjudicarle, le acreditó de magnánimo y le abrió con el tiempo la senda del trono ganando y cautivando los corazones. En su conflicto los sitiados de Gaeta demandaron auxilio á los genoveses y al duque de Milan, y cuando ya desesperaban de obtener socorro y estaban á punto de rendirse, apareció la armada genovesa compuesta de doce naves, dos galeras y una galeota. Componíase la de Aragon de catorce naves y once galeras: entró en una de ellas el rey, y á su ejemplo se fueron embarcando todos los condes, barones y caballeros que se hallaban en el campo, hasta el número de ocho mil personas, gente cortesana la mayor parte, que iba engalanada como si fuese á celebrar una victoria segura ó á gozar de una gran fiesta. Menos en número los genoveses, llevaban la ventaja de ser casi todos soldados y marineros, gente diestra en las maniobras y útil para el combate. Los genoveses desde la playa de Terracina, los de Aragon colocados junto á la isla de Ponza, acercáronse las enemigas naves y trabóse la mas brava pelea que en largos tiempos se hubiera visto en los mares. No se combatía solo con las armas ordinarias: lanzábase de las gavias, piedras de cal, ollas de alquitran y de aceite hirviendo. Mas valiente que entendido en las maniobras navales el rey de Aragon, condújole su arrojo á hacer oficios que no le competían; servían los cortesanos menos de utilidad y ayuda que de embarazo y estorbo, y á pesar de la antigua reputacion de los marinos catalanes, viéronse en tal manera envueltos por los de Génova, que el triunfo de estos fué completo, y completa la derrota de la armada aragonesa: de las catorce galeras del rey, las trece fueron apresadas por el enemigo. El rey Alfonso V de Aragon, sus dos hermanos, el rey don Juan de Navarra y el infante don Enrique, el príncipe de Tarento, el duque de Sessa, la mas ilustre y escogida nobleza de Aragon, de Cataluña, de Valencia, de Sicilia, y aun muchos caballeros castellanos, todos fueron hechos prisioneros (5 de agosto, 1435). El rey de Navarra hubiera muerto en el combate á no haberle salvado el valeroso capitán castellano Rodrigo de Rebolledo, y el infante don Pedro su hermano fué el solo que á favor de la oscuridad pudo escapar en una galera y ganar la isla de Ischia.

Fácil fué ya á la guarnicion de Gaeta, despues de destruida la armada de Aragon, arrojar del campo al resto del ejército aragonés que se habia mantenido en tierra. Quisieron los vencedores gozar del espectáculo de ver arder las naves apresadas, y les pusieron á todas fuego, celebrando como una fiesta el ver como las devoraban las llamas haciendo hervir las olas del mar. Sin embargo, el monarca aragonés fué tratado con

tanta consideracion y respeto como lo hubiera sido el duque de Milan si se hallara presente: él por su parte conservó también la misma serenidad de ánimo y la misma dignidad que si hubiera sido el vencedor; y como el jefe de la armada genovesa le indicase que le entregara la ciudad de Ischia, *avunque supiera*, le respondió Alfonso con noble altivez, *que me habia de arrojar al mar, no mandaría yo entregar una sola piedra de ningún lugar de mi señorío* (1). Los ilustres prisioneros fueron llevados, el rey de Navarra á Génova, el de Aragón primeramente á Sahona, después á Portvendres, y por último á Milan, donde también fué conducido más adelante el de Navarra. Nada más generoso y galante que el comportamiento del duque y duquesa de Milan con los monarcas españoles; hicieronles solemne recibimiento, aposentáronlos en su propio palacio, tratáronlos, no como prisioneros, sino como príncipes; *disponed*, le dijo el duque de Milan Filipo Maria Visconti al rey de Aragón, *disponed de mi Estado como si fuese vuestro propio reino*. Y habiendo llegado al palacio un rey de armas enviado por la reina de Aragón con cartas para su esposo, *dirás á mi mujer*, le contestó Alfonso, *que esté alegre, que yo vivo aquí como en mi propia casa*.

La victoria del duque de Milan puso en cuidado y despertó los celos de sus mismos aliados el papa y la señoría de Venecia; y aquel mismo pontífice que poco antes sublevaba contra el rey de Aragón toda la península italiana, envió un legado al duque de Milan rogándole restituyese pronto la libertad á los monarcas españoles: y es que temía que el engrandecimiento del milanés desnivelara el equilibrio de los pequeños Estados italianos que con tanto trabajo se iba sosteniendo, y recelaba ver en él al futuro dominador de Nápoles. Por otra parte el rey de Aragón, que con su afectuosa elocuencia seducía á todos los que le trataban, hizo comprender al de Milan, que proteger la causa de Renato de Anjou en lo de Nápoles equivalía á ayudar á los franceses y á facilitar á los de esta nación la conquista del Mediodía de Italia, exponiéndose á hacer de la Lombardia un camino real de París á Nápoles, y de Génova una posesión de la Francia, mientras en los aragoneses tendrían los vecinos menos temibles y los aliados más seguros; que los italianos y los españoles debían unirse para alejar de Italia los dos pueblos cuya dominación debían temer más, los arrogantes y orgullosos franceses y los rudos y sombríos alemanes. Las razones del aragonés acabaron de inclinar el ánimo ya favorablemente predisposto del duque de Milan á una alianza ofensiva y defensiva, de lo cual dió la primera prueba poniendo en libertad al rey de Navarra, que vino á España á tranquilizar á los súbditos de su hermano don Alfonso sobre la suerte futura de su soberano.

Apesadumbrados y alarmados los de estos reinos con la nueva de la derrota y cautiverio de su monarca, no dudaron en asistir á las cortes generales que la reina doña María, como lugarteniente general del reino, había convocado para Monzon, á fin de proveer lo más conveniente á la situación crítica en que el rey y los Estados de Italia y España se hallaban: pues aunque las cortes generales de los tres reinos solo podía convocarlas el rey, el caso era tan grave y tal el conflicto y la necesidad, que catalanes, valencianos y aragoneses no tuvieron reparo en faltar esta vez á la escrupulosa observancia de sus fueros á trueque de salvar la república. Mientras las cortes se congregaban, la reina de Aragón celebraba vistas en Soria con su hermano el rey de Castilla, á fin de ir prorogando la tregua entre los dos reinos (noviembre, 1435), y que las desavenencias con Castilla no empeorasen la situación ya harto comprometida y peligrosa del rey y de los reinos de Aragón (2).

(1) De todos estos sucesos dan extensas noticias los escritores italianos en la Colección de Muratori, tom. XX y XXI, entre ellos el biógrafo de Alfonso V Bartol. Faccio: Fernan Perez de Guzman en la Crónica de don Juan II de Castilla; Pedro Carrillo de Albornoz, que insertó varios documentos; Zurita en el lib. XIV de sus Anales y muchos documentos relativos á estos acontecimientos que hemos visto originales en el Archivo general de la Corona de Aragón.

(2) En el reinado de don Juan II de Castilla hablamos ya de estas vistas, y de cómo se fueron prolongando en diferentes plazos las treguas.

Era coincidencia extraña y singular que los dos príncipes que se disputaban el reino de Nápoles estuviesen ambos prisioneros, Renato de Anjou en poder del duque de Borgoña, Alfonso de Aragón en el del duque de Milan. El de Anjou envió en su lugar á Isabel de Lorena su esposa, la cual fué recibida con entusiasmo y regocijos públicos por el pueblo y los barones napolitanos, y ella se mostró digna de ser reina por su prudencia, bondad y valor, y se captó las voluntades de la nobleza durante la prisión de su marido. Pero el de Milan que con tanta hidalguía y grandeza de ánimo había tratado desde el principio á su ilustre prisionero el monarca aragonés, resuelto á no consentir que dominara en Nápoles un príncipe de la casa de Francia, no solo puso en libertad á don Alfonso de Aragón y á su hermano don Enrique, sino que celebró con Alfonso un pacto de alianza y amistad, por el que se ofrecía á ayudarle á la conquista de aquel reino, y el de Aragón se obligaba á proteger al de Milan en todas sus empresas, que no eran pocas. En su virtud le fué entregada Gaeta al infante don Pedro de Aragón, el cual se apoderó también de Terracina, que era de los Estados de la Iglesia, mientras el rey don Alfonso su hermano, habiendo salido de Milan y dirigiéndose á Portvendres, enviaba á don Enrique á España, dándole el condado de Ampurias en Cataluña, nombraba su lugarteniente general en los reinos de Aragón, Valencia y Mallorca á su hermano el rey don Juan de Navarra, relevando de este cargo á la reina doña María, y rehacía su flota y su ejército para atender á lo de Italia en union con su hermano don Pedro (1436).

Pero quejosos y sentidos los genoveses de la poca cuenta que de ellos se había hecho para tal confederación, rebeláronse contra el duque de Milan y fueron á buscar su apoyo en los venecianos y florentinos, y en el papa Eugenio, que irritado por el despojo que el infante aragonés le había hecho de una posesión de su Estado y patrimonio tan importante como Terracina, se declaró abiertamente contra el rey de Aragón, confirió la investidura del reino de Nápoles al de Anjou, y Alfonso, que tanto había trabajado por tener de su parte al papa, convencido ya de que no podía contar con su amistad, mandó á todos los prelados y eclesiásticos súbditos suyos que saliesen inmediatamente de Roma, incluso su embajador el obispo de Lérida, y de este modo surgían cada día nuevas complicaciones en Italia, donde se hacían guerra unos y otros príncipes, guerra ni de grandes resultados, ni de importancia grande en sus pormenores para nuestro propósito.

Asistió ya á las cortes de Monzon el rey don Juan de Navarra como lugarteniente general de Aragón, Valencia y Mallorca, y también del principado de Cataluña en ausencia de la reina. Tratóse en ellas de los subsidios que habían de otorgarse al rey para las necesidades de la guerra de Italia, y por parecer más conveniente y obviar las dificultades y embarazos que siempre ofrecían las asambleas generales de los tres reinos, se acordó que se convirtiesen en parlamentos particulares, designándose para las de Cataluña Tortosa, para las de Valencia Morella, y para las de Aragón Alcañiz. Los catalanes desde luego ofrecieron un servicio de cien mil florines, ó más bien emplear esta suma en una flota, cuyo mando se daría á don Bernardo de Cabrera, conde de Módice; los aragoneses prefirieron contribuir con metálico, y acordaron aprontar un socorro de doscientos mil florines, cantidad considerable y desacostumbrada para aquellos tiempos. Con esto, y con las paces llamadas perpetuas que poco más adelante se ajustaron entre los reyes de Aragón, Navarra y Castilla (setiembre, 1436), en que parecía quedar arregladas y dirimidas las antiguas contiendas entre el monarca castellano y los reyes é infantes de Aragón (según que en la historia del reinado de don Juan II dejamos apuntado), podía don Alfonso atender con más desembarazo á lo de Italia. Exigia el pontífice Eugenio al rey de Aragón que desistiese de la empresa de Nápoles, al menos por la vía de las armas, ofreciéndose él á fallar como desapasio-

A poco de regresar la reina de Aragón de Soria á Zaragoza, tuvo noticia de la muerte de su suegra la reina doña Leonor agobiada con tantos trabajos y pesadumbres como le habían ocasionado las discordias de sus hijos y yernos y las últimas desgracias de aquellos.

nado juez en aquel pleito. El aragonés le recordaba la investidura de aquel reino que en otro tiempo le había dado por bula apostólica, se justificaba en lo de haber tomado su hermano el infante don Pedro á Terracina, y después de muchas observaciones concluía con allanarse á tener la corona de Nápoles en feudo de la Santa Sede. Mas como en medio de estas contestaciones viese que el patriarca de Alejandria, legado de la silla apostólica, se entraba por aquellos reinos al frente de gente armada favoreciendo á sus enemigos, mas como capitán de guerra que como legado, requirióle, sin faltar á la reverencia, que revocase la legacia al patriarca ó hiciese cesar aquellas guerras, ó de otro modo protestaba, invocando á Dios y al mundo entero por testigos de su intencion, que de los males que se siguiesen no tendría él la culpa ni sería el responsable (1).

No logrando ó no queriendo entenderse el papa y el rey de Aragón después de muchas contestaciones, resolvióse don Alfonso á salir de Capua donde se hallaba, con su ejército, con los príncipes y barones italianos de su devoción, entre ellos el conde de Caserta que acababa de reducirse á su obediencia, y con la flota que le había sido ya enviada de Cataluña, y comenzó á apoderarse de las villas y castillos de las inmediaciones de Nápoles, se acercó por dos veces á los muros de la capital, corrió luego la Tierra de Labor, y en principios de 1437 se encontraba dominando este país, los principados de Capua y de Salerno, el valle de San Severino, con la costa del ducado de Amalfi, juntamente con las ciudades de Gaeta, Capua, Ischia, y los castillos Nuevo y dell'Ovo, de manera que no le restaba sino la capital, que no podía defenderse mucho tiempo si el pontífice no se declaraba abiertamente protector del de Anjou. Así aconteció. El papa no solamente instó á los genoveses, de acuerdo con los comunes de Florencia y Venecia, á que armasen buen número de galeras, lo cual obligó al rey Alfonso á llamar á su hermano el infante don Pedro para que le acudiese con la flota de Sicilia, sino que envió en auxilio de la duquesa de Anjou y de los napolitanos al patriarca de Alejandria, que había dado ya pruebas de activo guerrero, y que avanzando al frente de numerosas compañías, y recobrando algunas poblaciones, llegó hasta Mola de Gaeta á encontrar al rey (1437). Alentó esto á los de Nápoles para hacer una salida, aunque con tan poca fortuna que volvieron derrotados por los aragoneses; pero en cambio el patriarca legado de la Iglesia batió cerca de Montefoscolo al príncipe de Tarento, aliado del de Aragón, y venció é hizo prisionero al mismo príncipe. Este y el conde de Caserta abandonaron entonces la causa del rey á pesar de los juramentos con que se habían obligado á servirle, si bien se indemnizó en mucha parte esta pérdida con haberse reducido á la obediencia del rey de Aragón el príncipe de Salerno Antonio Colonna, cabeza del bando contrario: que así con esta facilidad se convertían de amigos en adversarios y de aliados en enemigos aquellos príncipes de Italia.

Viendo el rey de Aragón el peligro en que ponía su empresa la resolución del papa y la actividad bélica de su legado, y advirtiendo cierta vacilación en los barones italianos, procuró entrar en negociaciones y tratos con el pontífice, ofreciendo que si le confirmase la investidura del reino de Nápoles haría restituir á la Iglesia todas las tierras que le tenían ocupadas, le serviría con trescientas lanzas por seis meses, haría que le fuesen favorables los reyes de Castilla, Portugal y Navarra, le pagaría doscientos mil ducados por el censo del tiempo pasado, y aun añadió que tomaría la empresa de restituir á la Iglesia la Marca de Ancona de que el conde Francisco Sforza se hallaba apoderado; y sobre todo prometía favorecerle en las grandes contiendas que en el concilio de Basilea mediaban entre el concilio y el papa (2), dando orden á sus embajadores

(1) Zurita, Anal. de Aragón, lib. XIV, cap. 38.

(2) Menester es dar algunas noticias acerca de estas lamentables discordias que ocasionaron otra especie de cisma en la Iglesia, y de lo que principalmente se trató en este concilio general, uno de los más célebres de la cristiandad. Abierto en Basilea, ciudad de Suiza, en 1431, sus dos principales objetos eran la reunión de la Iglesia griega con la romana, y la reforma general de la Iglesia en su jefe y en sus miembros según el proyecto del de Constanza. El papa Eugenio IV había intentado dos veces disolverle, pero los padres del concilio se mantuvieron firmes, in-

para que impidiesen la prosecución del proceso que en aquella asamblea se había comenzado contra el pontífice. Resultó de estos tratos una tregua entre el papa y el rey de Aragón; pero rompióla de improviso el patriarca legado, y uniéndose á los Caldoras, que eran los mayores enemigos del aragonés, atacó su campo tan repentinamente que apenas tuvo tiempo el rey don Alfonso para salvarse corriendo á uña de caballo camino de Capua con los que le pudieron seguir. Dió desde allí aviso del suceso al papa, suplicándole despojase al patriarca de la legacia y le mandase salir del reino; si bien repuesto Alfonso, y mal recibido el legado en algunas comarcas de Nápoles, desampararonle poco á poco los suyos, y viéndose á su vez en peligro de ser preso, se embarcó en una pequeña nave y se fué á Venecia, y de allí á Ferrara, donde se hallaba el pontífice (1438).

Libre Alfonso de un enemigo, presentósele otro no menos temible. Era este el duque Renato de Anjou, que habiendo salido á costa de un gran rescate de la prisión en que le tenía Felipe de Borgoña, corrió presuroso á ayudar á su esposa la duquesa en la lucha que hacia tres años estaba sosteniendo con el rey de Aragón. El conde Francisco Sforza le prometió no abandonarle hasta lanzar del reino al aragonés; y los napolitanos le recibieron con públicos regocijos, paseándole con régia pompa por la ciudad; y aunque este entusiasmo se entibió algo al saber la pobreza en que iba el nuevo soberano y sus escasos recursos para pagar las tropas, contaba, no obstante, con capitanes valerosos, enemigos del aragonés, como eran Sforza y los Caldoras, y con la protección del papa, que suponía no le habría de abandonar. Con esto, después de algunos sucesos bélicos entre los partidarios de uno y otro príncipe, envió el de Anjou al de Aragón por medio de un heraldo su guante desafiándole á batalla: contestó el aragonés que recogía el guante, y que la batalla quedaba aceptada: y pues que era costumbre que el desafiado tuviese la elección de lugar, le esperaba en Tierra de Labor para el 9 de setiembre (1438). No agradaba aquel sitio al de Anjou, porque temía ser en él vencido, pero por no dejar de satisfacer una deuda de honor se dirigió allá con todo su ejército. Tomó don Alfonso de Aragón sus posiciones el 1.º de setiembre, esperó hasta el 9, pero el de Anjou se mostró arrepentido de haber querido medir con él sus armas en aquel lugar, y se encaminó hacia el Abruzzo. Entonces el aragonés corrió la Tierra de La-

vocando la superioridad del concilio sobre el papa declarada por los decretos del de Constanza en las sesiones cuarta y quinta. El pontífice Eugenio aprobó después el concilio por bula de 15 de diciembre de 1433, y le presidieron sus legados en presencia del emperador Sigismundo, protector de la asamblea. En 1436 se redactó una profesión de fe que el papa había de hacer el día de su elección, y que comprendía todos los concilios generales, especialmente los de Constanza y Basilea, y se hicieron varias reformas relativas al número de cardenales y á las reservas y gracias espectativas. En 1437 se decretó que se tendría el concilio en favor de los griegos, ó en Basilea, ó en Aviñon, ó en alguna ciudad de Saboya. Los legados del papa con algunos prelados designaban una ciudad de Italia. Estos dos opuestos decretos produjeron grandes contestaciones. El papa aprobó el de sus legados, y los envió con sus galeras á Constantinopla á recibir al emperador Juan Paleólogo y los griegos y llevarlos á Italia, anticipándose á las que el concilio había enviado también. Desde entonces se agrió la mala inteligencia que de años atrás había entre el papa y el concilio, y se hicieron ya guerra abierta. El concilio decretó (en sesión del 26 de julio) que el papa fuese á dar cuenta de su conducta, y en caso de negativa que se procediese contra él con todo el rigor de los cánones. El papa á su vez expidió una bula trasladando el concilio á Ferrara, el cual, sin embargo, continuaba sus sesiones en Basilea obrando contra el pontífice, y al fin le declaró contumaz por no haber comparecido, refutando su bula de convocación para Ferrara. En tal estado se hallaba este lamentable negocio cuando ocurrían los sucesos que vamos refiriendo en nuestra historia, y de cuyo estado se prevalece el rey don Alfonso de Aragón, ó para intimidar al papa con favorecer á los del concilio de Basilea, ó para halagarle y hacerle desistir de la guerra que le hacia en Nápoles, prometiendo ayudar y proteger su causa.—Los prelados que quedaron en Basilea llegaron hasta á deponer al papa Eugenio (1439), nombrando en su lugar á Amadeo, duque de Saboya, con el nombre de Felix V. Entre tanto funcionaba en Ferrara el otro concilio, declarado legítimo, canónico, y ecuménico bajo la presidencia del pontífice, para la reunión de las dos Iglesias griega y latina. En 1439 se trasladó á Florencia, recibiendo el nombre de concilio general florentino.